

El ángel de la frontera



Salam con sus padres y sus hermanos pequeños, Joud y Fadia. J. BLASCO DE AVELLANEDA

JESÚS BLASCO DE AVELLANEDA
ACTUALIZADO 05/11/2015 18:32

Más de tres mil sirios malviven en **Marruecos** en condiciones infrahumanas y subsisten de ahorros, préstamos familiares e incluso de la mendicidad. La mitad de ellos se concentra en la provincia nororiental de Nador. Allí esperan, hacinados en hoteles, pisos patera o a la intemperie, poder pasar a Europa por la frontera de Melilla.

Todas las noches, de madrugada, antes de despuntar el alba, se acercan a la aduana de Beni Enzar y se agolpan en las puertas que conducen a los controles de acceso a España. **Son familias con niños de corta edad**, huyen

de una cruenta guerra, tienen sus papeles en regla y están considerados por las autoridades marroquíes como un "colectivo vulnerable" al que hay que proteger. Pero nada de esto importa. Una especie de pacto no escrito por ambas partes de la frontera ha establecido una política de cuotas por la que cada día puede llegar a Melilla un máximo de 30 refugiados.

Esto permite a los magrebíes tener la frontera despejada y al colectivo sirio controlado, y a los españoles, no colapsar la Oficina de Protección Internacional ni el **Centro de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI)**, según denuncian las organizaciones sociales que trabajan en la zona. Pero, además, todo aquel que logra pasar lo hace después de haber pagado una mordida a las autoridades marroquíes aduaneras que va desde los 500 a los 2.000 euros por persona.

Los que no pueden pagar intentan colarse al descuido, aprovechando aglomeraciones e incluso escondidos en las cargas o los bajos de camiones. Algunas familias llevan hasta seis meses apostadas en las inmediaciones de la aduana de Beni Enzar. Han aguantado **sol, lluvia, redadas policiales, robos, palizas, enfermedades.**

Pero no pierden la esperanza. Tienen un ángel de la guarda que les protege: se llama Salam. Con apenas 12 años recién cumplidos, el pasado 19 de octubre, esta niña se ha convertido en la esperanza de los cientos de sirios que aguardan, a las puertas de Europa, una oportunidad para poder olvidar el pasado e intentar mirar al futuro.

Con su presencia basta

"Cuando ya no puedo más y quiero dejarlo todo, la miro y me da fuerzas para continuar. Si ella resiste y lucha, cómo no lo vamos a hacer los demás", comenta Mohamed, natural de Homs, que lleva casi cuatro meses con su familia intentando cruzar la frontera.

Salam, sin embargo, no parece ser consciente de su **liderazgo** y de la responsabilidad que conlleva ser la esperanza de cientos de personas que lo

han perdido todo. De hecho, según cuenta la madre de la chica, Abir, ésta no es consciente "gracias a Dios" de la gran mayoría de las miserias que hay a su alrededor. Nació con una discapacidad mental severa que conlleva además graves problemas en su desarrollo psicomotriz. Jamás ha articulado una sola palabra, sufre temblores, respira y come con dificultad, duerme muy poco y apenas puede tenerse en pie ni caminar si no es sostenida y guiada.

"Sólo emite sonidos, pero ella y yo nos entendemos", comenta sonriente Abir mientras intenta que no se eche por encima todo el té con hierbabuena -su bebida preferida-, que va ingiriendo a traguitos cortos.

Todas las mañanas grita y se tambalea temprano para que sus padres la lleven a la puerta misma de la frontera. Si esa noche han tenido la suerte de poder pagar una pensión, lo primero que pide es un baño. Le encanta el agua y más si está muy muy caliente. Si la noche la han pasado al raso, "entonces le gusta que la mimen con un té y un dulce con mucho azúcar, cuanto más mejor".

Apenas puede moverse pero parece que tiene prisa por llegar. Sus padres la sientan frente a la aduana y el resto de sirios que esperan cruzar la frontera respira tranquilo y **afrenta con esperanza** una jornada más por la supervivencia: "Salam significa paz y eso es lo que ella nos trae, la paz. Es un ángel enviado por Dios. Ella está muy enferma pero cada día está con nosotros esperando entrar. Verla nos ayuda a creer que llegaremos a Europa", relata con ternura Said, un padre de cinco hijos que huyó del norte de Siria con toda su familia, hace casi dos años, cuando el Estado Islámico destruyó su hogar.

Antes, Salam pasaba horas frente al paso fronterizo dando fuerzas a sus compatriotas, pero todo cambió el día que, aprovechando una avalancha de porteadores marroquíes, Abir cogió a la pequeña en brazos e intentó cruzar a la carrera. La policía marroquí las detuvo a medio camino y la emprendió a golpes con ambas; incluso llegaron a pegar a la niña en la cabeza.

Desde ese día, la leyenda del ángel de la frontera se agrandó, pero la salud de Salam y la de su madre, asmática, empeoraron: "La madre está enferma y la familia necesita ayuda, pero Salam tiene que ser diagnosticada de urgencia con precisión y requiere de cuidados que aquí no podemos darle por falta de

especialistas y recursos", asegura el doctor Ahmed, médico jefe del centro de salud de Beni Enzar.

Hace casi dos meses que Salam y su familia llegaron a la frontera. Ellos pensaban que su condición de refugiados sirios y la situación de la pequeña les permitirían cruzar a España sin dificultad. Pero lo primero que se encontraron fue que les exigían **5.500 euros** por dejarles pasar: "Nos pedían 1.000 por cada miembro de la familia menos por Salam, que pedían 1.500, porque decían que las personas enfermas pagan más", relata Abir.

La familia se ha quedado sin dinero y las deudas son cada vez mayores: "Estamos desesperados. La situación es aún peor que cuando salimos de Siria", atestigua Jamal, el padre, sujetando a Salam. Él era electricista en Damasco y su mujer daba clases particulares y colaboraba con algunos medios de comunicación, pero la guerra les dejó sin trabajo. Huyeron del país con lo puesto y los pocos ahorros que tenían. Tras probar suerte en Líbano, Argelia y Túnez, llegaron a Marruecos y se instalaron en Tánger, donde han malvivido dos años en pisos patera intentando encontrar trabajo y un tratamiento para Salam.

Melilla, la última frontera, ha acabado siendo el **clavo ardiendo** al que aferrarse. "Todos los sirios que estamos aquí conocemos la situación de Salam y su familia. Estamos alegres cuando la vemos, nos trasmite coraje. Y nos ponemos tristes al ver que no consigue pasar la frontera y que no tiene los cuidados que necesita", afirma Mohamed.

Hoy han vuelto a pegar a una mujer siria cuando intentaba colarse por la frontera; todo el colectivo prepara pancartas para protestar y defender sus derechos. Mientras, Salam sigue sentada junto a sus padres en la cafetería Melilla (ironías de la vida) a escasos 50 metros de allí. Mira fijamente el control policial, al tiempo que todos los sirios que se van acercando para formar parte de la manifestación la buscan con la mirada y le sonrían con ternura. Ahí está, inquebrantable, luchando a su modo por la dignidad de su pueblo y el futuro de su familia. **Se llama Salam y es el ángel de la frontera.**